

## ZAPATILLAS

*“El problema es que tenemos que navegar  
mientras estamos armando el barco”  
(Estela Maldonado).*

*“Necesitamos lo imposible,  
porque lo posible sólo se interesa por lo idéntico”  
(Genevieve Fraisse).*

*A mis “compas”, Claudia y Norma.*

Previo a compartir este relato quiero realizar algunos comentarios introductorios.

En las historias de nuestras gentes suceden acontecimientos mínimos que tienen que ver precisamente con vidas despojadas de aparatosidad, vidas tan nuestras de gestos pequeños y no mensurables, de pasos paulatinos, de vuelos bajos y de sueños terrenalmente de corta trayectoria. Generalmente, éstos suceden sin siquiera ser percibidos, como el apenas indicio de vaivén del aleteo de un colibrí o una diminuta gota en tanto océano de atropelladora realidad. Y si los llegamos a observar, nos referimos a ellos como a un milagroso evento inusitado que asombrosamente se nos develó en una increíble oportunidad... Y no es que a esta historia pretenda otorgarle una consideración desmesurada; se trata sólo de un detalle emotivo diferente pero a la vez merecedor de ser contado. Aclaro que sucedió, doy fe de ello.

A veces solo creemos en esas historias que nos causan cierta admiración cuando aparecen en películas, las actúan protagonistas de ficción; en nuestras vidas no hay una música de fondo que anticipe o acompañe las acciones, todos parecen ser hechos de menor cuantía.

En aquella época trabajábamos con un grupo de pre-adolescentes, amparados por un proyecto cuyo objetivo principal era que pudieran volver a un espacio de escuela diferente, una propuesta inclusiva, con diversas oportunidades. Todo un desafío dentro del mar de lo desconocido, para aquellos chicos de experiencia tildada de fracaso escolar y para nosotros, buceadores de incertidumbres. Destacábamos la necesidad de “restituirles la voz”, que pudieran lograr transmitir en palabras todo aquello que emocionalmente les perturbaba y les causaba reparo para participar socialmente, todo eso que guardaban tan apretujados y silenciarios, que valoraran y se animaran a compartir lo de ellos, como esa torta frita que pasaba de mano en mano y de la que cada uno cortaba un pedazo. Solemos sacralizar la palabra a desmedro de los gestos. De ésto se trata este relato.

Fabio y Mauro no lograban congeniar en ningún aspecto. Todo el grupo, en el cual ya Fabio asumía la figura de líder, estaba manifiestamente incómodo y enojado con la nueva incorporación: Mauro. Es que traían a ese ambiente pretendidamente áulico enfrentamientos del barrio. Sus familias estaban enemistadas, y por ende todos sus miembros. Los motivos no están bien determinados, más bien supuestos. Si pasaban enfrente de sus casas escupían, se miraban desafiantes; ya se han peleado en la calle en varias oportunidades. Mauro ha estado equipado con alguna cadena y Fabio con alguna sevillana; en ocasiones se han sumado otros chicos a cada uno de ellos. El clima se hace tenso, cualquier motivo, circunstancial o imaginario, sirve como disparador para justificar una respuesta violenta.

Por ello reunimos a las madres de ambos, intentando destejer la trama y que aporten disposición para establecer una tregua, ayuda para que sus hijos puedan, sin llegar a ser amigos, compartir un espacio que los beneficiara en cuanto a aprendizajes. Ellas acordaron, sus hijos en cambio se resistieron a la tregua, no había reconciliación posible.

En el espacio de fútbol (sumamente convocante para todo el grupo), metódicamente, fuimos construyendo entre todos: armar el equipo, cada uno con un puesto en la cancha complementando, elegir al capitán y que éste asumiera condiciones y responsabilidades como tal (Fabio), conservar el pacto de no agresión e intentar ser compañeros, y luego también respetar a los eventuales adversarios, a no frustrarse por los resultados adversos, a evaluar lo acontecido y planificar para el próximo desafío, a aprender de los errores, a jugar con compromiso y a hacerlo lo más lindo y divertido posible.

Podría contar muchas anécdotas sobre este proceso. Voy a detenerme en una, que se centra en la relación de estos dos protagonistas y en un elemento que para ellos (y los adolescentes en general) tiene una relevancia primordial: las zapatillas.

Aquel día venía cargado de una impronta especial, jugaban con adolescentes conductualmente muy parecidos a ellos, más grandes algunos en edad, que se sabía jugaban muy bien, era “el desafío”. Cierta nerviosismo previo los inquietaba y hasta se prometían no terminar por ningún motivo con un resultado adverso. Era dificultoso hacerles pensar en la posibilidad de que pudiera ocurrir eso, que en una de éstas perdieran...

El partido se desarrollaba en series continuas de idas y vueltas aceleradas, vivido intensamente, sin respiros, y no por ello faltó de jugadas vistosas e intentos de acariciar la pelota entre tanta fuerza de disputa. Fabio, ejerciendo el timón de capitán, desde el medio de la cancha llamaba la atención a los demás para que mantuvieran la vehemencia. Mauro parecía resguardar el arco como quien defiende su última pertenencia. Así y todo, estaban perdiendo por tres goles y al encuentro le quedaba poco para finalizar...

Fabio mostraba su enojo, su fastidio porque a una de sus zapatillas se le había desprendido parcialmente la suela. Eso entorpecía su juego. Trataba de que no obstaculizara en demasía, pero se iba rompiendo cada vez más. Hasta que se le hizo casi imposible continuar.

Fue ahí que le hizo una seña a Mauro para que conservara la pelota que había atajado en sus manos. Se agachó e intentó atar resoplando su zapatilla derecha despedazada con el cordón de la otra. Y fue ahí que, habiendo cruzado miradas con Mauro, éste lo llama con ese ademán que indica “vení”, para que se acercara. La ceremonia se produjo: Mauro se sacó sus zapatillas y se las entregó, como una ofrenda para que pudiera continuar, y Fabio las aceptó con un asentimiento de cabeza, sin decir nada, entregándole las suyas a su arquero. Todos mantenían un silencio solemne, como ése que se produce en el paisaje cuando cae la nieve.

Una vez que Fabio estaba calzado, dio la señal a sus compañeros y adversarios para continuar con la contienda. Y ni bien recomenzaran alentó fervorosamente a sus compañeros (¡vamos che!, ¡vamoos!), como un fogonero que alimenta de carbón a un viejo tren para apurar la marcha. Había que dar vuelta el resultado, así con los dientes apretados y a puro conjuros.

Sucedió que en esos exánimes minutos arreciaron contra el arco contrario, lo sitiaron, y defendieron al suyo hasta hacerlo inexpugnable. La pelota era su tesoro, al que debían conservar grupalmente. Y terminó el encuentro con resultado favorable para ellos, ganaron en el último instante por un gol. Se juntaron en el medio de la cancha, exultantes, a los gritos, entre abrazos y golpes de manos o sobre el pecho del compañero a saludar, reconociendo en el otro a su lado de hazaña... Fabio y Mauro se encontraron de pronto frente a frente, y todos esperaron y observaron lo que ocurriría. El primero se agachó, se despojó de las zapatillas y se las entregó solemnemente al segundo. Éste las tomó y le devolvió las que tenía puestas. Luego de trocar el calzado, asintieron al unísono con la cabeza y se dieron la mano sin mediar palabra alguna. El resto intercambió miradas cómplices de satisfacción por lo ocurrido.

Nunca hablamos con ellos de lo sucedido, no era cuestión de romper el asombro, de que se develara aquel acontecimiento mágico. No era necesario, todos comprendimos el pacto y llegamos a atesorar ese instante. Otra vez, el espacio fue una cancha y el elemento convocante fue una pelota de fútbol.

Desde aquel día, y hasta estos días, en el que ambos ya se están despojando de la adolescencia, mantienen aquel código establecido, esa fidelidad silente que generalmente denominamos amistad.



*“Amor es el denominador común,  
poesía la inevitable consecuencia”  
Julieta Sanz. (bolsonesa)*

Nota: los nombres de los protagonistas han sido cambiados para resguardar su identidad.

**Heraldo Mora**

**Julio del 2013**

**En mi ventana se encuadra  
el paisaje níveo de este  
invierno, en El Bolsón.**